

# Héros

## **Introducción**

Tras cumplirse un año de la muerte de mi madre he querido publicar esta pequeña colección de poemas y otros escritos, en recuerdo de ella, de mi padre y de mi abuela materna (la única de mis cuatro abuelos que conocí), y en homenaje a ellos y a tantos otros héroes.

(En las páginas 33 y 34 se pueden encontrar el índice, las fuentes utilizadas y unas pocas notas).

José Luis Cortizo Amaro, 6 de mayo de 2024.

### **“Viajes por Alaska” (fragmento), de John Muir**

Como ejemplo de su propia doctrina de la expiación, una noche nos contaron al Sr. Young y a mí que hace veinte o treinta años hubo una amarga guerra, muy igualada, entre su tribu y la de los Sitkas, ambas grandes guerreras. Tras luchar intermitentemente y por pequeñeces durante todo el verano, tanto a cubierto como en campo abierto, buscando cualquier oportunidad para disparar, ninguna mujer se atrevía a ir a los ríos salmoneros ni a los terrenos ricos en bayas para procurar los alimentos que se almacenan para el invierno. En esta situación de crisis, uno de los jefes de los Stickeen salió de su fuerte a un espacio abierto a medio camino entre ambos campamentos fortificados y gritó que quería hablarle al jefe de los Sitkas.

Cuando el jefe Sitka apareció dijo:

“Mi gente está hambrienta. No se atreven a ir a los ríos salmoneros ni a los terrenos ricos en bayas para obtener los suministros de invierno. Hemos luchado ya bastante; hagamos la paz. Volved a casa, bravos guerreros Sitka, y nosotros haremos lo mismo, y todos podremos empezar a secar salmón y bayas antes de que sea demasiado tarde”.

El jefe Sitka replicó:

“Bien puedes decir que dejemos de luchar, ya que os ha ido mejor que a nosotros. Habéis matado a diez más de los nuestros que nosotros de los vuestros. Dadnos diez hombres Stickeen para equilibrar el balance de sangre; entonces, y no antes, haremos la paz y volveremos a nuestros hogares”.

“Muy bien”, replicó el jefe Stickeen, “tú conoces mi rango. Sabes que mi valor es el de diez hombres o más. Tomadme a mí y haced la paz”.

Esta noble oferta fue aceptada enseguida; el jefe Stickeen avanzó y fue muerto a la vista de ambos bandos en lucha. Se estableció así la paz, y todos se apresuraron a volver a sus hogares y a sus trabajos ordinarios.

## **Noticia de prensa: “Los musulmanes ayudan a los cristianos en un ataque yihadista”.**

El lunes 21 de diciembre de 2015 era un día caluroso. El autobús que iba hacia Mandera, en el norte de Kenia, viajaban más personas de lo habitual, ya que de camino tuvo que recoger a los pasajeros de otro vehículo que se había estropeado en la misma ruta. En un momento dado, el conductor tuvo que reducir considerablemente la marcha del transporte debido al mal estado en que se encontraba la carretera (en realidad una vía de tierra). El trazado había sufrido numerosos desperfectos debido a las lluvias torrenciales sufridas en la región poco antes.

En ese momento el conductor vio a tres hombres armados que le daban el alto de pie en medio de la carretera. Pensó que serían algunos soldados del ejército, pero pronto se dio cuenta de su error. Los hombres abrieron fuego contra ellos y le hirieron en una pierna. Inmediatamente detuvo la marcha del autobús.

Al darse cuenta que estas personas seguramente eran miembros de Al-Shabaab (un grupo terrorista originario de Somalia vinculado a Estado Islámico, que lleva años realizando ataques terroristas en Kenia), el conductor y su acompañante alertaron a los pasajeros, entre los que viajaban numerosos cristianos. En un ataque el 28 de diciembre de 2014 en un sitio parecido habían matado a 28 personas, todos cristianos, que no fueron capaces de recitar de memoria textos del Corán como les pedían los terroristas para salvar la vida. Ahora se temían lo peor.

Inmediatamente los pasajeros empezaron a entremezclarse en el autobús para disimular la condición religiosa de cada uno. Las mujeres musulmanas dieron algunos de sus velos u otras prendas a las mujeres cristianas para que no se las pudiese reconocer fácilmente.

Los terroristas, ante la dificultad de distinguir entre los fieles de una religión y otra ordenaron que quienes fueran cristianos se bajaran del autobús. Pero ninguno de los pasajeros se levantó. Los cristianos y los musulmanes estaban juntos, mezclados, codo con codo. Los terroristas empezaron a ponerse nerviosos porque es habitual que estos autobuses lleven una escolta de policías. En este caso, el coche de policía había sufrido una avería y por eso se había retrasado. En cualquier caso, era evidente que la patrulla de la policía que escoltaba al vehículo no tardaría en llegar. Efectivamente, poco después del asalto se escuchó en la lejanía el ruido de un motor que se acercaba. Entonces los terroristas decidieron marcharse, no sin antes asesinar a un pobre hombre que, presa del miedo, había intentado huir solo.

### **“Confieso que he vivido” (fragmento), de Pablo Neruda**

Sucedió también por aquel tiempo que los colonizadores ordenaron quemar la cabaña de un campesino cingalés, con el propósito de desalojarlo y expropiar sus tierras. El inglés que debía ejecutar las órdenes de arrasar la choza era un modesto funcionario. Se llamaba Leonard Woolf. Pero se negó a hacerlo y fue privado de su cargo.

## **“Listo para matar”, poema de Carl Sandburg**

Diez minutos llevo mirándolo.

Por aquí he pasado antes muchas veces y me ha extrañado.

He aquí un monumento en bronce, recuerdo de un famoso general  
a caballo, con la bandera y la espada y revólver en mano.

Cuánto me gustaría hacer añicos todo ese catafalco,  
reducirlo a un montón de escombros, que se lo lleven a la chatarrería.

Te lo diré con toda claridad:

luego de que el granjero, el minero, el tendero, el obrero, el bombero y el camionero  
hayan sido recordados en sus monumentos de bronce,

dándoles la forma del trabajo de conseguirnos a todos  
algo que comer, algo que vestir,

cuando apilen unas cuantas siluetas recortadas contra el cielo aquí en el parque,  
y rememoren a los auténticos forzudos que hacen el trabajo del mundo,

que dan de comer a la gente en vez de aniquilarla,

entonces, a lo mejor sí que me plantaré aquí

a contemplar con tranquilidad a este general del ejército que enarbola

su bandera al viento

y cabalga como un demonio en su montura,

listo para matar a todo el que se le ponga por delante,

listo para que corra la sangre roja por la hierba nueva y tierna de la pradera,

y que la empapen las entrañas de los hombres.

**“Los héroes”, poema de Manuel Mantero**

Este mundo es un cero: a solas  
vale nada, juntándolo con el  
cielo, mucho.

Gracián

Sorprender a la esposa por la noche  
con el amante, y no querer matarlos:  
González, dependiente.

Contemplar cómo el sol incendia el valle  
y lo renueva, y no gritarlo a todos:  
Escamillo, yuntero.

Partir el pan delante de los hijos  
y comerse el pedazo más pequeño:  
Redondo, papelista.

Cada día rozar la paz, el lujo,  
y no escapar con la maleta a Suiza:  
Zulategui, cajero.

Dar la vuelta al podrido y triste mundo,  
sonreír a los astros, y volver:  
Gagarín, hombre solo.

## **“Las cosas pequeñas”, poema de Juan Luis Gallardo**

Celebro la grandeza de las cosas pequeñas,  
de las cosas triviales, sencillas, hogareñas.  
Quisiera que este verso fuera un canto de gesta  
que exalte las hazañas de la gente modesta.  
Quisiera que este verso fuera un himno discreto  
que exalte al hombre medio, responsable y concreto.  
Quisiera que este verso resulte una balada  
que exalte al hombre honrado y a la mujer honrada.  
Celebro la batalla de apariencia anodina  
que se libra en los campos de la diaria rutina.  
Celebro a tanta gente que empieza la jornada  
levantándose alegre en plena madrugada.  
Celebro ese gobierno que ejercen las mujeres  
y que los formularios definen: sus quehaceres.  
Gobierno que se inicia cuando encienden puntuales  
en sus casas dormidas los fuegos matinales.  
Celebro los aromas que inundan la cocina:  
celebro la fragancia del café y de la harina.  
Celebro cada gesto, celebro cada frase,  
preparando los hijos cuando salen a clase:  
que ajustar la corbata, que observar los detalles,  
recomendar cuidado para cruzar las calles.  
Y celebro a los chicos con delantales blancos  
cuando escuchan atentos sentados en sus bancos.  
Celebro las lecciones sabidas a conciencia,  
los triángulos, los mapas pintados con paciencia.  
Celebro la epopeya del trabajo bien hecho,  
del horario completo, del deber satisfecho.  
Celebro las proezas del último escribiente  
que no demora el curso que sigue un expediente.  
Celebro la respuesta simpática y precisa.  
Celebro la fatiga detrás de una sonrisa.  
Celebro la tarea comenzada y concluida.  
Celebro la herramienta que se limpia y se cuida.  
Celebro a quien mensura los alcances de un riesgo  
cuando avanza prudente por atajos al sesgo.  
Y celebro asimismo la decisión valiente  
que lleva en ocasiones a jugarse de frente.  
Celebro la costumbre de decir la verdad.

Celebro la constancia. Celebro la amistad.  
Celebro la finura de esa ayuda encubierta  
que se presta de modo que ninguno lo advierta.  
Celebro los escritos con renglones prolijos.  
Y celebro el coraje de tener muchos hijos.  
Celebro que se cumplan los acuerdos verbales.  
Celebro la clemencia de los buenos modales.  
Celebro al funcionario que cumple sus funciones.  
Y celebro al vecino que riega sus malvones.  
Celebro a quien comparte la pesadumbre ajena.  
Celebro a quien festeja la dulce Nochebuena.  
Celebro al vigilante, celebro al carpintero.  
Celebro el trato franco y el amor verdadero.  
Celebro las parejas de novios que en verano  
caminan por los parques tomados de la mano.  
Y celebro el cariño de mujer y marido  
cuando llevan ya un largo camino recorrido.  
Celebro los abuelos que ríen con sus nietos.  
Celebro a quienes saben mantener los secretos.  
Celebro al hombre humilde que construye un país:  
del árbol florecido celebro la raíz.  
Celebro a los que pisan con firmeza en el suelo  
mientras alzan confiados sus ojos al cielo.  
Y concluyo este verso con el párrafo aquel:  
“quien es fiel en lo poco será en lo mucho fiel”.

## **“Hombres trabajando”, poema de Edna St. Vincent Millay**

Encantador, el movimiento de las chicas alrededor de un poste de mayo, en mayo,  
entretejiendo las cintas de colores,  
encantador; la juventud es encantadora, la juventud es bonita.

Pero es hermoso el movimiento de hombres clavando picas  
en el extremo de un poste negro,  
y elevándolo lentamente desde la húmeda hierba.  
El golpe limpio en el poste con la pica: hermoso.

El jefe es Joe; pero Ed o Bill bien pueden decir:  
“No, Joe, no podemos hacerlo de esa manera:  
tenemos que llevarlo desde aquí. ¿Estás listo  
en tu lado, Joe?” “Sí”, dice el jefe. “Listo”.

El golpe limpio de la pica en el poste: *“¡Ya está!”*  
*“¡Estrivad las picas!”*

Las picas estribadas alrededor del poste negro que se va elevando: hermoso.  
“¡Ed, mejor ponte por debajo, aquí conmigo!” “¡Ya estoy  
debajo!”  
*“¡Ya está!”*  
*“¡Estrivad las picas!”*

Joe dice: “Ahora, chicos, no carguéis  
demasiado: lo tenemos; pero tú, Ed, tú y Mike,  
tendréis que sostenerlo desde abajo mientras Bill  
cambia su pica de sitio: quiere caerse ladera abajo;  
lo tenemos bien cogido, pero con algo  
de inclinación.”  
*“¡Ya está!”* “Mike,  
esta vez unos dos metros más abajo”.  
*“¡Ya está!”*

*“¡Estrivad las picas!”*

Una a una las picas se van moviendo alrededor del poste: más hermoso  
que el entretejarse de las cintas de colores.

El golpe limpio de la pica en el poste; cada hombre

depende de la habilidad  
y el equilibrio, de cuerpo y de mente,  
de cada uno de los otros: en el fondo de la mente de cada hombre  
el respeto por el poste: mide doce metros de alto, y pesa  
mil kilos.

En la superficie de la mente de cada hombre: “Va a ir  
exactamente a donde queremos que vaya: este poste  
va a entrar en el hoyo de dos metros que cavamos  
para que se sostenga  
en él”.

Esto ocurrió en un anochecer de julio cada vez más oscuro.  
Estaban poniendo postes: trayendo la luz eléctrica.

### **“Hay un zapaterillo...”, poema de Francis Jammes**

Hay un zapaterillo, sencillo y jorobado,  
que trabaja detrás de unos vidrios verdosos.  
Se levanta el domingo: se lava, ropa nueva  
se pone luego, y abre las ventanas un poco.

Tiene instrucción escasa; y, aunque casado, apenas  
habla, parece ser, jamás entre semana.  
Me pregunto si al ir de paseo el domingo  
dirá algo a su mujer, vieja y toda encorvada.

¿Por qué, si anda tan poco, fabricará calzado?  
Cumple con su deber: nos hace andar a todos.  
Así hay pureza tal en el humilde fuego  
que se enciende en su casa, luciente como el oro.

Y así, cuando se muera, llevado al cementerio  
será por los que andaban merced a sus tareas,  
pues le dará la gloria de ser llevado en hombros  
Dios, que quiere a los pobres como quiere a las piedras.

No te rías. ¿Qué hiciste de bueno tú? No tienes  
la tenue suavidad de aquella luz verduzca  
que suavemente filtran los entreabiertos vidrios,  
mientras corta unos cueros y unos cordones cruza.

¿Te imaginas acaso tú que pones adornos,  
y a damas perfumadas consigues agradar,  
que ostentas ese verde resplandor en la frente  
de un dolor triste y dulce, bello como un cantar?

¡Zapaterillo humilde, clava, sigue clavando!  
Los pájaros que surgen en el abril risueño  
no mirarán mejor las coronas reales  
que ese viejo cuchillo con que cortas pan negro.

## “El herrero del pueblo”, poema de Longfellow

Bajo un castaño extendido  
La fragua enseñan del pueblo;  
Y es el herrero un hombrón  
De unas manos que dan miedo,  
Anchos brazos, musculados  
Como con zunchos de acero,  
Negro el cabello y greñudo  
Rostro, de curtido, prieto;  
Ganando bien cuanto cae,  
Sudando como un caldero,  
Mira a todos a la cara  
Porque a nadie debe medio.

De seis a seis, día tras día,  
Sus fuelles oirás rugiendo  
Y del pesado martillo  
El golpe igual, firme y recio  
Como aquellos con que anuncia  
La oración el campanero.  
Cuando de la escuela salen  
Páranse allí los chicuelos  
Por ver la flamante fragua  
Y oír el soplar violento,  
Y atajar el vivo chorro  
De chispas que lanza el hierro.

Seguro el domingo en misa.  
Sus hijos siéntanlo en medio,  
Y oye al Cura predicar,  
Y acompaña en su rezo,  
Y al cantar su hija en el coro  
Brilla en su rostro el contento.  
¡La misma voz de la madre!  
Imagina estarla oyendo.  
Cantando en el Paraíso,  
A donde ya tendió el vuelo. . .  
Y su áspera mano enjuga  
Sus ojos a este recuerdo.

Así avanza en su ardua vida,  
—Marcha de afán, gusto y duelo.  
Cada sol empezando algo,  
Cada tarde concluyéndolo.  
Ganando así cada día  
De su noche el pan y el sueño.

¡Gracias, respetable amigo,  
Por la lección que te debo!  
Tal, de la vida en la fragua,  
Forjar nuestro bien debemos,  
Labrando al fuego en su yunque  
Cada idea y cada hecho.

## **“El cura”, poema de Julio Herrera y Reissig**

Es el cura... Lo han visto las crestas silenciarias,  
luchando de rodillas con todos los reveses,  
salvar en pleno invierno los riesgos montañoses  
o trasponer de noche las rutas solitarias.

De su mano propicia, que hace crecer las mieses,  
saltan como sortijas gracias involuntarias;  
y en su asno taumaturgo de indulgencias plenarias  
hasta el umbral del cielo lleva a sus feligreses...

El pasa del hisopo al zueco y la guadaña;  
él ordeña la pródiga ubre de la montaña  
para encender con oros el pobre altar de pino;

de sus sermones fluyen suspiros de albahaca;  
el único pecado que tiene es un sobrino...  
y su piedad humilde lame como una vaca.

**“Un hombre estuvo aquí”, poema de José Payá Nicolau**

Un hombre ha estado aquí, en el secano,  
labrando el pedregal, junto a ese pino.  
Quizás un pobre y viejo campesino  
del pueblo aquel que asoma tan lejano.

Un noble labrador, un aldeano  
de recia convicción y andar cansino,  
que sabe que comete un desatino  
bregando en este yermo tan en vano.

Un hombre estuvo aquí sudando ríos.  
Mirad en esta tierra removida  
las huellas de sus pasos, la perdida

moneda de su esfuerzo en los baldíos.  
Se fue soñando inmensos regadíos,  
la espalda algo encorvada y dolorida.

### **Fragmento del diario de Miguel Torga**

Vendimia. ¡Un cesto de uvas, en total! El mildiu, la lluvia y la helada redujeron ocho pipas a medio almud. Mi padre habla de esto y se pone pálido. Pero los elementos y los microbios pueden estar seguros de lo siguiente: el viejo se echará a las tijeras de podar, a la poda, al atado, a la cava, a la segunda cava, al azufre y al sulfato como si las viñas hubiesen dado vino para las bodas de Canaán. Cuando se es labrador como mi padre, el cuerpo acaba cavando, quiera la razón o no.

## **“El infiel”, poema de Maurice Maeterlinck**

Por acaso, si vuelve un día,  
¿qué le contaré?  
—Contaréisle que hasta la muerte  
siempre le esperé.

—¿Y si no me conoce, y sigue  
inquiriendo más?...  
—Contestadle como una hermana;  
él sufre quizás.

—Si pregunta por vos, ¿qué cosa  
hay que contestar?  
—Le daréis mi anillo de oro  
sin decirle más.

— ¿Si pregunta por qué se halla  
la sala desierta?  
—Enseñadle extinta la lámpara  
y la puerta abierta.

— ¿Si sobre el instante postrero  
quiere preguntar?  
—Respondedle que he sonreído...  
¡No vaya a llorar!...

**“Juana la ciega”, poema de Miguel Galliano Cancio**

Reposa en un humilde reducto de hospital  
–¡pobre Juana la ciega!– apacible, sumisa;  
a nuestra voz responde francamente cordial  
con la votiva ofrenda de piadosa sonrisa...

Hay nieve en sus cabellos: –¡copos de rudos años!–  
su corazón entraña fatal duelo profundo,  
arrugan sus mejillas dolientes desengaños  
y vive resignada a no mirar el mundo...

Se murieron sus hijos: –sola, desamparada,  
por nada se preocupa ni le interesa nada–  
y transcurren sus días monótonos, sombríos,

lentos, interminables... Y no exhala una queja  
la pordiosera cándida, la silenciosa vieja  
que a Dios vuelve las cuencas de sus ojos vacíos...

**“Paz”, poema de Jaime Torres Bodet**

Siempre metida en rezos y tejiendo, en el marco  
de la ventana, un *sweater* para sus nietecitos,  
tiene en sus ojos tristes la paz de un cielo zarco  
y, en sus manos, el pliegue de los lienzos benditos.

Hasta en su pintoresca vulgaridad, el nombre  
completa la figura: se llama Petronila.  
¡Ha visto tantas cosas! Ya nada habrá que asombre  
la suave indiferencia azul de su pupila.

¿El dolor? ¡Lo conoce desde hace tantos años!  
¿La dicha? ¡Todos pueden apresarla un momento!  
A los setenta y cinco, se ven los desengaños  
como si dieran algo de variedad al cuento...

Sin esperar de nadie ni gracia ni dulzura,  
a todos da el aroma de su ramita seca.  
Amó, sufrió... La vida hizo girar su rueda.  
Va a morir... pero sigue tejiendo, con ternura...

## **Fragmentos de “A Melania”, poema de José Pedroni**

(El indio y la langosta vienen del mismo lado.  
Uno y otro vinieron, y hoy día, al despertar,  
me encontré sin caballo, sin hierba que mirar.  
Sólo quedó el ombú flotando en la derrota.  
Todo se había ido: pasto, animal, gaviota...).

(Las mujeres corrían por el trigal undoso  
y lloraban, clamando del cielo tormentoso  
misericordia. Era como una sombra inmensa  
que bajaba voraz a la tierra indefensa.  
¡Qué hora aquella hora! La gente iba y venía  
sin saber lo que hacer; gritaba, maldecía.  
Yo salí campo afuera, pero al fin me detuve.  
Comprendí que era inútil luchar contra la nube,  
y regresé a encerrarme para no ver ni oír.  
¡Qué verde estaba el trigo condenado a morir!).

(Todos quedamos tristes. Contra la luna llena  
las langostas pasaban en la noche serena.  
Quién sabe adónde irían. Ya a nadie le importaba.  
El trigo se había ido. Sólo el dolor estaba).

(No se oía ni un canto. Los hombres anduvieron  
como heridos. Algunos montaron y se fueron.  
Pero estaban las madres. Ellas no se movieron.  
Lloraron silenciosas por el trigo inocente.  
Después dieron la voz de sembrar nuevamente).

### **“Nacimiento”, poema de Francis Jammes**

Ella grita: “¡Me muero! ¡Matadme por favor!”

No, no se muere: todo su juvenil vigor  
el ser a un niño da que habrá de ser pastor.

En un rincón del lar, cayado y cantimplora.

La abuela, enternecida por los lamentos, llora;  
tiembla, y en sus pendientes se percibe el temblor.

Cogiendo a la mujer por la mano, el esposo  
tiene el mirar profundo del amor temeroso.

Y, en tanto, cual voluta de cuerno de carnero,  
se desenvuelve el tono de un cantar lastimero  
de flauta, que un pastor en la montaña toca.

Un quejido más hondo, menos fiero, en la boca  
la madre tiene, al fin, y libre exclama: “¡Hijo!”  
en la fiesta solemne, que es de Dios regocijo.

## **“Una mujer del pueblo”, palabras de Soren Kierkegaard**

Con frecuencia solía observar a una pobre mujer que tenía un pequeño comercio, no en un kiosco sino en plena vía pública. Estaba allí bajo la lluvia, el viento, la nieve, con un niño de pecho entre sus brazos. Su vestimenta, lo mismo que los pañitos de su vástago, estaba siempre cuidadosamente limpia.

Cierta vez una dama distinguida pasó ante ella y la reprochó porque no había dejado en su casa al pequeñuelo, tanto más cuanto que éste la dificultaba en su comercio.

En otra ocasión pasaba por la misma calle un pastor protestante. Acercóse a ella y pretendió llevar al niño a un asilo. La pobre madre, con buenas maneras, agradeció la intención. Mas ¡hubierais visto con qué mirada contempló a su infante! ¡Si hubiera estado helado, aquella mirada lo habría recalentado! ¡Si hubiera estado agonizante de hambre y de sed, aquella mirada lo habría restaurado! ¡Si hubiera estado muerto, aquella mirada lo habría resucitado!

Pero el niño dormía y ni siquiera una sonrisa de sus labios podía recompensar a la madre.

Esa mujer era madre. Sabía que un hijo es una bendición. Si yo fuera pintor, la pintaría en aquella actitud.

**“Madre campesina”, poema de Matilde Real de González**

La he visto amanecer en los manglares  
en busca de las conchas enlutadas;  
también por las sabanas calcinadas  
segando arroz, con golpes regulares.

La vi encorvarse bajo las brazadas  
de leña seca, allende los palmares;  
la vi trazar los signos seculares  
con manos fuertes, por el sol doradas.

La vi peinar la negra cabellera  
del hijo triste que el destino afina  
para el rudo camino que le espera.

Duro es el pan donde el dolor domina:  
tan sólo es fresco y claro en la pradera  
el amor de la madre campesina...

## **Fragmento de “Amor de madre”, poema de Gabriel y Galán**

La vi en el crudo y frío,  
turbio y callado amanecer de enero,  
yerta junto al helado lavadero  
en las gélidas márgenes del río.  
Hacia el bosque sombrío  
la vi subir por los barrancos rojos;  
la vi bajar de las agrestes faldas  
desgarrando sus plantas los abrojos,  
desgarrando la leña sus espaldas...  
Y en la espinosa vía  
que sube y baja de las agrias crestas,  
yo la he visto caer, como caía,  
Cristo divino con la cruz a cuestas.  
Yo la he visto dejar su pobre casa  
cuando julio cruel ciega los ojos,  
bruñe los cielos y la tierra abrasa,  
y en los ardientes áridos rastrojos  
disputando su presa a las hormigas,  
yo la he visto buscar unas espigas  
perdidas entre sábanas de abrojos.  
Yo la he visto cargada,  
camino de la vega, con la azada,  
delante de un verdugo  
que a la humana legión desheredada  
disputaba a pellizcos un mendrugo,  
y en el hijito el pensamiento fijo,  
iba la mártir amarrada al yugo,  
pues sólo de su sangre con el jugo  
la mártir amasaba el pan del hijo.

## Palabras de Volodia Barsuk, entrevistado por Svetlana Alexiévich

Acabó la guerra... Recuerdo que mi madre y yo íbamos andando por la calle; ella llevaba patatas, en la fábrica donde trabajaba le habían suministrado unas cuantas. Un alemán salió de entre las ruinas y se nos acercó; era un prisionero de guerra:

–*Mutter, bitte, Kartoffeln...*

Mamá le dijo:

–No pienso darte nada. ¡A lo mejor fuiste tú quien mató a mi hijo!

El alemán se quedó helado. Mamá se alejó... Al cabo de poco dio la vuelta, sacó unas patatas y se las dio.

–Ten, come...

Me quedé boquiabierto... ¿Por qué? En invierno a veces usábamos los cadáveres congelados de los alemanes que llevaban mucho tiempo tirados en las afueras de la ciudad. Los usábamos como trineos... Era fácil dar un empujón a un cadáver. Entonces saltábamos encima de ellos. Seguíamos odiándolos.

Mi madre me estaba enseñando... Esa fue mi primera lección de amor de la posguerra...

## “La abuela”, poema de Giovanni Pascoli

Aquella cabeza que albeaba,  
–rizos rubios, en derredor,  
de los pequeños– semejaba  
que dijese con su temblor,  
*sí, sí... niños, sí...*

Los niños jugando buscaban,  
a veces, con grito festivo,  
sus manos y frente que daban  
solamente, entonces, de vivo,  
aquel pobre *sí*.

*Sí* solo, *sí* siempre, al hogar  
arrimada, en su humilde trono;  
*sí* siempre que rompe a llorar,  
*sí* en cada oración: *sí perdono*  
*sí... quiero, sí... ¡sí!*

*Sí*, y junto a la cuna del niño  
enfermo... La Muerte miraba,  
la Muerte presente en un nimbo...  
Y aquella cabeza afirmaba  
temblando *¡sí! ¡sí!*

*Sí* siempre, *sí* solo; ¡muy largas,  
las noches! Y negra se alzaba  
la Muerte, entre quejas amargas,  
desde su rincón... Y allí estaba  
el trémulo *sí*,

el *sí* junto al lecho... Y tomó  
la Muerte a la abuela, dejándole  
al niño vivir. Se durmió  
aquella cabeza en un blando,  
un último *sí*.

## **Letra de la canción “El abuelo Víctor”, de Víctor Manuel**

Sentado en el quicio de la puerta,  
el pitillo apagado entre los labios,  
con la boina calada y, en la mano,  
una vara nerviosa de avellano,

¿qué recuerda su frente limpia y clara?  
Quizá la primavera desojada,  
el olor de la pólvora mojada,  
o el sabor del carbón mientras picaba.

El abuelo fue picador, allá en la mina;  
y arrancando negro carbón quemó su vida.

Se ha sentado el abuelo en la escalera,  
a esperar el tibio sol de madrugada,  
la mirada clavada en la montaña,  
es su amiga más fiel, nunca le engaña.

Temblorosa, la mano va al bolsillo,  
rebuscando el tabaco y su librito,  
y al final, como siempre, murmurando  
que María le esconde su tabaco.

El abuelo fue picador, allá en la mina;  
y arrancando negro carbón quemó su vida.

## **“De los míos”, poema de Teixeira de Pascoaes**

Toda de negro, hacia el anochecer,  
venía esta mujer,  
humilde, a visitarnos... ¡Dios sabe qué trabajos  
la pobre padeció,  
por ásperos atajos,  
cavados por la ruda  
labor de lluvia y viento, galopando!

Soltera a quien el tiempo oscuro dio  
el luto de la viuda,  
siempre sola y sombría, paseaba;  
y con discreta pena nos hablaba,  
con voz que se sumía, regresando  
al silencio profundo  
que deja, tras de sí, quien parte de este mundo.

O bien quedaba extática, soñando,  
sus ojos con dos lágrimas temblando...

Y bajaba al jardín a ver las flores...  
y nuestra casa y los alrededores,  
como quien con tristeza rememora  
cosas, seres, figuras muertas en la distancia...

Allí vivió ella otrora,  
en la vaga mañana de mi infancia.  
Su figura de sombra y de abandono,  
recorriendo el jardín, al otoño llamaba.  
La noche al fin llegaba,  
con la luna en el pecho, un blanco lirio abierto...  
Y entonces nos decía, apresurada, adiós.  
Se iba en el crepúsculo desierto,  
con la muerte ya próxima y con Dios.

Rezar, quitarse a sí por dar a los mendigos;  
llenar de rosas, de camelias, lirios,  
el altar de la Virgen Dolorosa,  
cuando la luz sombría de los cirios  
sobrecoge en la iglesia silenciosa...

Andar por los caminos  
y sendas, sola y seria,  
con timidez pisando la tierra muy amada.  
Para las brutas piedras ser ternura.  
Ser piedad y bondad, amor y luz,  
y en sus ojos tener crucificada  
la imagen del dolor y la miseria...  
Ser una sombra humana de Jesús.  
Ser, por fuera, vejez, fealdad oscura;  
por dentro, lirio místico del valle;  
mirad lo que ella fue, su vida transitoria;  
ved aquí su memoria,  
grabada en este libro sepulcral.

Un día de finales de este invierno,  
cuando el sol moribundo los pinares abrasa,  
y a los mendigos se les hielan manos y pies,  
llegó más pensativa a nuestra casa,  
¡trayendo ya, en el rostro, aquella palidez  
en que amanece el gran adiós eterno!

En sombría visión, revivo su figura  
triste y anochecida,  
ya de manchas de tierra revestida,  
como ocupando ya su sepultura.

¡Y su mirar doraba las desoladas cosas,  
que, insensibles y frías, ocultaban  
evocaciones gratas, memorias cariñosas,  
que por primera vez, con ella conversaban!  
Con calma visitó los cálidos lugares,  
añosos, familiares;  
recuerdos de alegría y de tristeza  
o de íntimo abandono:  
la terraza que da sobre el jardín; la fuente;  
las sierras del Marón y la Abobreira, enfrente;  
aquel antiguo muro; y aquel árbol que reza,  
cerca de nuestra casa, a la luna de otoño.

Estuvo así, en un vago encantamiento...  
Embeleso del alma ya sintiendo

la divina e inefable Suavidad...  
Concentración mortal, deslumbramiento  
crepuscular... ¡Espíritu sonriendo,  
muy cerca de la eterna Oscuridad!

Y después se alejó  
y nunca más volvió...  
Junto a la iglesia está su piedra sepulcral...  
Allí en otoño caen las hojas de un rosal;  
allí duerme soñando el viento montañés;  
allí vuelan los pájaros, cantando;  
allí queda la voz de los pobres, rezando;  
allí yace, callada, la sombra del ciprés.

**“Plancha”, poema de José Pedroni**

Tenía algo de barco viajero y carbonero.  
Viajaba de la mano de un ángel timonero.

El mar era una mesa. La mesa era de pino.  
Las olas eran blancas o de un azul marino.

Un humo dulce a veces echaba por el cielo.  
No parecía humo. Más bien, un pañuelo.

Era cuando esperaba, cuando por mar o río  
llevaba el sueño a bordo por el país del frío.

Qué sola aquella plancha, viajera y carbonera,  
que calentó los pies del ángel de la espera.

No se cansaba nunca de viajar. Pero un día  
perdióse en su neblina. Vimos que no volvía.

Dejó estampada a fuego su sombra protectora.  
Está en la mesa grande, donde se come y llora.

## Índice, fuentes y algunas notas

Página 3: fragmento de “Travels in Alaska”; tomado de: John Muir, *Travels in Alaska, (The writings of John Muir, manuscript edition, volume III)*, Houghton Mifflin Company, Boston y Nueva York, 1916, pp. 241-2, según trad. de JLCA.

Página 4: noticia de prensa. El título (“Los musulmanes ayudan a los cristianos en un ataque yihadista”) es el de una noticia del diario *La Voz de Galicia*, del día 22-12-2015.

El texto está tomado de la página web <http://www.revistapalabra.es/musulmanes-cristianos-cuando-se-arriesga-la-vida-salvar-la-hermano/>, consultada el 29-4-2019.

(También lo encontré el 15-4-2024 en

<https://omnesmag.com/actualidad/musulmanes-y-cristianos-cuando-se-arriesga-la-vida-por-salvar-la-de-tu-hermano/>).

Sobre el suceso se ha hecho un cortometraje titulado “Watu Wote: All of Us”.

Página 5: fragmento tomado de: Pablo Neruda, *Confieso que he vivido: Memorias*, Editorial Seix-Barral, Barcelona, 1974, p. 132.

Página 6: poema “Listo para matar”, tomado de: Carl Sandburg, *Poemas de Chicago*, Ed. La Poesía, señor hidalgo, Barcelona, 2003, trad. de Miguel Martínez-Lage, p. 47.

Página 7: poema “Los héroes”, tomado de: Leopoldo de Luis, *Poesía social española contemporánea. Antología [1939-1968]*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 2000, p. 492.

Página 8: “Las cosas pequeñas”, poema tomado de

<http://lasletrasdelquilmero.blogspot.com/2014/04/las-cosas-pequenas-juan-luis-gallardo.html>, 20-3-2024.

Página 10: poema “Men Working”, de *Mine the Harvest*, tomado de: Edna St. Vincent Millay, *Collected Poems*, Harper & Row, Publishers, Nueva York, p. 532, según trad. de JLCA.

Página 12: “Hay un zapaterillo...” poema tomado de: Francis Jammes, *Del Angelus de la mañana al Angelus de la tarde o del toque del alba al toque de oración*, Editorial Comares, Granada, 1992, trad. de Enrique Díez-Canedo, p. 181.

Página 13: “El herrero del pueblo”, poema tomado de: Rafael Pombo, *Traducciones poéticas*, Imprenta Nacional, Bogotá, 1917, pp. 46-7. (Trad. de Rafael Pombo).

Página 15: “El cura”: poema descargado de <https://www.poetaspoemas.com/julio-herrera-y-reissig/el-cura>, 17-3-2024. Julio Herrera y Reissig (1.875 – 1.910) fue un poeta uruguayo.

Página 16: “Un hombre estuvo aquí”; poema tomado de

[https://www.cervantesvirtual.com/portales/biblioteca\\_del\\_soneto/obra/biblioteca-del-soneto-autores-letra-p--0/](https://www.cervantesvirtual.com/portales/biblioteca_del_soneto/obra/biblioteca-del-soneto-autores-letra-p--0/), 20-3-2024.

Página 17: fragmento de la anotación del 24-9-1940 en el “Diario I”, tomada de: Miguel Torga, *Diario (I-VIII)*, Coímbra, p. 94, según trad. de JLCA.

Página 18: “El infiel”: poema de Maurice Maeterlinck tomado de: Enrique González Martínez, *Jardines de Francia*, Ediciones Mínimas, Buenos Aires, 1919, p. 11. (Trad. de Enrique González Martínez).

Página 19: “Juana la ciega”, poema de Miguel Galliano Cancio. Tomado de [https://www.cervantesvirtual.com/portales/biblioteca\\_del\\_soneto/obra/biblioteca-del-soneto-autores-letra-g--0/](https://www.cervantesvirtual.com/portales/biblioteca_del_soneto/obra/biblioteca-del-soneto-autores-letra-g--0/), 20-3-2024.

Página 20: poema “Paz”, del poemario *Los días*, tomado de: Jaime Torres Bodet, *Obra poética, tomo I*, Editorial Porrúa, México DF, 1983, p. 119.

Página 21: fragmentos del poema “A Melania”, tomado de: José Pedroni, *Monsieur Jaquín*, Ediciones El Litoral, Santa Fe (Argentina), 1956, pp. 107-110. Dichos fragmentos forman parte, intercalados entre paréntesis, de un poema que, por lo demás, podría ser una carta de amor, imaginada por Pedroni, de Henri Jaquin a su novia Melania. Jaquin fue uno de los europeos que emigraron a Argentina y formaron, en el siglo XIX, la colonia agrícola Esperanza. En el libro de poemas *Monsieur Jaquin*, titulado así en su honor, Pedroni cuenta diversos sucesos ocurridos en la colonia, entre los cuales pudo haber una plaga de langosta.

Página 22: poema “Nacimiento”, de Francis Jammes, tomado de: Gabriela Mistral, *Lecturas para mujeres*. Departamento Editorial de la Secretaría de Educación, México, 1924, p. 66.

Página 23: “Una mujer del pueblo”, palabras de Soren Kierkegaard, tomadas de: Gabriela Mistral, *Lecturas para mujeres*. Departamento Editorial de la Secretaría de Educación, México, 1924, p. 79.

Página 24: “Madre campesina”, poema de Matilde Real de González, descargado de: <https://panamapoesia.com/pt27pm01.htm>, 17-3-2024.

Página 25: fragmento del poema “Amor de madre”, tomado de: José María Gabriel y Galán, *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1961, p. 476.

Página 26: texto tomado de: Svetlana Alexiévich, *Últimos testigos: los niños de la Segunda Guerra Mundial*, Penguin Random House, Barcelona, 2016, trad. de Yulia Dobrovolskaia y Zahara García González, p. 159.

Página 27: poema “La nonna”, del poemario *Cantos de Castelvecchio*, de Giovanni Pascoli, tomado de: <https://edilletteraria.wordpress.com/2019/11/29/giorgio-barberisquarotti-lettura-critica-de-la-nonna-dai-canti-di-castelvecchio-di-giovanni-pascoli/>, 17-3-2024, según trad. de JLCA.

Página 28: letra de la canción “El abuelo Víctor”, de Víctor Manuel.

Página 29: poema “Dos meus”, del poemario *Terra proibida*; tomado de: Teixeira de Pascoaes, *Obras Completas, I Volume*, Livraria Bertrand, pp. 261-263, según trad. de JLCA.

Página 32: poema “Plancha”, del poemario *El nivel y su lágrima*; tomado de: José Pedroni, *Obra poética, tomo 2*, Editorial Biblioteca, Rosario (Argentina), 1969, p. 253.